

ANECDOTAS DE RENTERIA

Por M. L.



CONTRABANDO HUMEDO

Hacia los años diez, existía en Rentería el Café de la Amistad, donde ahora se abre una zapatería que hace esquina con la calle Viteri. Al parecer, había indicios suficientes para sospechar que el tal Café de la Amistad era el centro de las actividades de algunos contrabandistas que pasaban constantemente bebidas francesas de matute.

El celoso encargado de los arbitrios municipales estaba sobre ello, y un buen día, requirió la ayuda del entonces alguacil y luego ordenanza del Ayuntamiento, al que sirvió fielmente durante medio siglo, Alberto Elorza, que es quien hace unas semanas me contaba el sucedido.

—Ven conmigo Alberto—le dijo el de los arbitrios—, tenemos que hacer un importante servicio. Muy importante. Se trata de cazar a unos contrabandistas, así es que, por si acaso, toma este revólver y si hace falta dispara a dar. Por lo menos, tira a las piernas. No hace falta matar a nadie.

—Bien, bien,—respondió Alberto mirando con muchas prevenciones el arma que había puesto en sus manos.

Entrada la noche, marcharon los dos hacia el lugar donde hoy se levanta la Esmaltería Guipuzcoana, en el que entonces había un lavadero público rodeado por un maizal sin cerca ni alambradas. No se veía nada, el sitio carecía de alumbrado y era el más apropiado para preparar una emboscada. Se colocaron uno a cada lado de un poste de la luz clavado en la orilla del camino y empezaron su centinela.

—Ahora—últimó sus instrucciones el consumidor—, tenemos que estar aquí hasta las tres de la madrugada, o así. Ya vendrán, porque siempre pasan por aquí. Mientras tanto, que no nos vea nadie, así que tú, Alberto, estate quieto, sin moverte, pase lo que pase y cuando lleguen saltamos a por ellos.

Allí estuvieron oyendo sonar el reloj de la parroquia y pasaba el tiempo sin que apareciese un alma por el camino solitario y negro como boca de lobo.

Llevaba nuestra pareja varias horas de inútil espera, cuando del Café de la Amistad salieron tres individuos que, por los bandazos que daban no era aventurado conjeturar que habían trasegado bastante más de cuatro copas. Sin más vacilación que la de sus inseguros pasos, se dirigieron al poste donde montaban la guardia los dos probos funcionarios, ambos agazapados y revólver en mano, dispuestos para cualquier eventualidad—menos para una.

Efectivamente. Los tres «moskorrás», atraídos por el poste como cualquier can desaprensivo, aliviaron el exceso de líquido que sobre sí llevaban.

—Yo cumplí la orden—termina su relato Alberto Elorza—, y aguanté quieto, sin pestañear, el chaparrón. Mi compañero también recibió lo suyo y los dos tuvimos que marcharnos después empapaditos a casa. Ese fué todo el contrabando que cogimos.

PICARDIAS EN EL FRONTÓN

Kuskullo, Timita y Lapa. Tres buenos ejemplares. Los tres convencidos de que el que trabaja es porque no sirve para otra cosa. El trabajar, para ellos, era como el cólera o la viruela, un mal al que había que combatir. Un azote de la Humanidad.

Y hacían honor a sus convicciones porque no dieron ni pique en su vida.

Eso sí, en el frontón eran verdaderos maestros. Jugaban a mano magníficamente. Y convirtieron el juego de pelota en una industria rentable. El método era sencillo e infalible.

Les bastaba con tentar a cualquier infeliz que se acercaba por la cancha del frontón público de Rentería donde tenían su feudo. Montada la apuesta, eran el novato y cualquiera de ellos con él emparejado quienes se llevaban el partido de calle y también las pesetillas que se cruzaban.

Los contrarios habían jugado rematadamente mal, terminando en fingida bronca, insultándose y echándose la culpa del desastre mutua-



mente. La proposición de la revancha era inmediata, una vez despertada la codicia del entusiasmado incauto ante tanta facilidad.

El segundo partido era fatal. Para la «víctima», naturalmente, que quedaba con los bolsillos limpios, pasando su contenido a los «agentes», tras una exhibición manista digna de dos campeones, mientras el tercero en discordia fallaba ahora lamentablemente.

Bernardo Kuskullo, Joshe Juan Timita y Eulogio Lapa le sacaron tanto jugo al frontón renteriano como el que pueda sacar al de Miami el más avisado intendente.



ALPONSHO OQUERRA

«Alponsho Oquerra» era un hombre grande, fortachón y tuerto. Además de eso, era cantero, aunque, en honor a la verdad, diremos que no fué precisamente un virtuoso en el oficio.

Trabajaba Alponsho en las obras de encauzamiento del río Oyarzun, amargada su existencia por la constante persecución de un sobrestante quisquilloso, hombre de talla minúscula, que se había convertido en su sombra. Piedra que colocaba Alponsho, piedra a la que subía de un salto el sobrestante, quien con un hábil juego de piernas la hacía bailar como demostración de su deficiente asiento.

Cansado Alponsho Oquerra de tanta reprimenda, sintió deseos de venganza y no se le ocurrió mejor cosa que poner, bajo uno de los pedruscos recién colocado, un palitroque preparado al efecto.

El sobrestante, una vez más, quiso demostrar a Alponsho lo mal cantero que era y, como de costumbre, subió ágilmente sobre la piedra. Para cuando quiso darse cuenta, ésta basculó y allí se fué nuestro sobrestante de cabeza al río.

Alponsho Oquerra, encogido de risa su único ojo, cuando asomó el otro la cabeza en el agua, exclamó con acento socarrón: —«Sí, pues, parece que un poco ya se movía el piedra... ¿eh?»



SANGRE Y ARENA

Alponsho Oquerra fué a Astigarraga. Eran fiestas y había «corrida de toros». Los muletas de turno se las veían y deseaban para acabar con los bichos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco pinchazos y allí no se moría nadie.

Alponsho, indignado, no pudo contenerse más y al grito de «¡Casuen la mar, no te hay derecho!» saltó al ruedo, cogió al toro por un cuerno y se lo llevó amorosamente al corral, ante el alborozo del respetable y el asombro—y alivio—de los diestros.